

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

# REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO XXVIII

OCTUBRE A DICIEMBRE DE 1944

MONTEVIDEO — URUGUAY

1944

## EL CANTON DE VILARDEBO

El General Paz estaba en uno de sus malos días. El ceño adusto y la dolorosa mueca que contraía sus labios revelaban internas torturas. Su vieja hipocondría le estaba atormentando. Tomó con desgano los pliegos que un ayudante acababa de colocar sobre la mesa, se puso de pie y se aproximó a la ventana a través de cuyos cristales penetraba la claridad declinante de una diáfana tarde de enero.

Alto, fornido, la recia cabeza de líneas romanas, el ancho rostro cuidadosamente rasurado, la figura del «Manco Castrador», como le llamaron las gacetas de don Juan Manuel, se dibujaba nítidamente sobre el marco de luz de la ventana. Vestía la severa casaca militar sin más distintivos que la botonadura de oro, el cinturón y los tiros blancos del espadín. Calzaba botas altas con espuelines y de la caña de una de ellas asomaba el mango de un latiguillo trenzado. La figura, proyectada sobre el iluminado marco de la ventana, se podría haber tomado por uno de esos grandes retratos al óleo de los generales de la Revolución. El cielo era intensamente azul; el fondo, en cuyo primer plano aparecía el parapeto próximo al portón de la línea sobre el cual se paseaba el centinela, daba mayor color marcial al cuadro, única decoración de la desnuda sala del Cuartel General. No había en ella más que una gran mesa de caoba, un antiguo sofá y varias sillas tapizadas de cerda, dos grandes alacenas que servían de archivo y un reloj de péndulo.

El General leyó maquinalmente los pliegos que conservaba en la mano y luego separó la mirada de ellos y la paseó por el amplio paisaje que se dominaba desde la ventana. La campiña estaba todavía inundada de sol. Más allá del parapeto de las fortificaciones se extendía la pradera en suaves declives. Al oeste caía ésta, esmaltada de huertos separados por tapiales y sendas hasta la ribera de la bahía en cuyo fondo el Cerro tomaba tonalidad bermeja. Hacia el norte, desde la cuenca de los Pozos del Rey, donde la quinta de las Albahacas aparecía como pequeño oasis de verdura y de fronda, se tendían los arenales de la Aguada hasta el arroyo de Seco. Más allá, entre cercos de pita, grupos de árboles y pequeños estanques y albercas, las quintas y las chacras, cuyas pintorescas poblaciones estaban convertidas en puestos fortificados, cantones y escondites de «escuchas», trepaban las onduladas colinas y ascendían hasta el Cerrito, en cuya cumbre flameaba la insignia del Cuartel General del Ejército sitiador. Un instante el General Paz detuvo su mirada en un detalle del paisaje; luego tomó el catalejo que pendía de una pequeña escarpia

y buscó con él el sector norte del panorama. Observó las quintas de Hocquart y de Muñoz, buscó detrás de ellas, y vió blanquear el Mirador de Vilardebó, junto a la capilla del Reducto, y dibujarse las enrejadas ventanas de la casona convertida en poderoso baluarte del enemigo. Observó largo rato los movimientos de la guardia del campón que en aquel momento era relevada y luego abandonó el campón sobre una silla y golpeó las palmas de las manos. Un ayudante se presentó en la puerta.

—Vaya Vd. y diga al Comandante del 3.º de Guardias Nacionales de Infantería que se presente en el acto en el Cuartel General.

El oficial partió a escape. Tornó el General Paz a observar el panorama y esta vez su mirada buscó en dirección al antiguo camino real, detrás del oratorio de Pérez, sobre la cumbre del «repecho», el Mirador de Suárez, coronado también por la bandera de los sitiadores. La construcción, casi triangular, parecía una fortaleza. Examinó largo rato aquella posición y abandonando luego la ventana comenzó a pasearse a lo largo de la sala.

El ayudante apareció en la puerta, se cuadró y llevó la mano al morrión. El general, sin mirarlo, preguntó:

—¿Qué novedades hay?

—Mi general, el Comandante del 3.º de Guardias Nacionales espera órdenes de V. E.

—Hágalo usted pasar.

El comandante don José María Muñoz penetró en la sala, saludó militarmente y esperó de pie. No había cumplido aún treinta años. Era menudo y de pequeña talla, pero la mirada viva y penetrante de sus ojos pardos y su actitud franca y resuelta revelaban el valor y el carácter. Vestía sencillo uniforme de brin claro con vivos azules y llevaba la espada ceñida al cinto. La expresión severa del rostro demostraba la violencia con que acudía al llamado del comandante general de las armas, pero a la vez era signo de su indomable voluntad y de su acatamiento a la disciplina.

El general Paz detuvo su paseo; consideró un instante al jefe, que permanecía impassible, y le dijo con severo acento:

—Señor Comandante, ¿es verdad que usted ha dicho que sería capaz de tomar el cantón de Vilardebó?

—No, señor General, —replicó con firmeza el comandante Muñoz—, lo que yo he dicho es que sería tan capaz como el Capitán Samuel de ir a batirme con honor donde me mandaran mis superiores, aunque ello fuese ir a atacar de sorpresa, y a la bayoneta, el cantón de Vilardebó, que es el más fuerte del enemigo.

Quedóse en silencio el general Paz, inclinada la cabeza y con la mirada puesta en los ladrillos del pavimento. Tampoco se alteró su adusto rostro. Sólo se escuchaba el tic-tac del reloj. Luego, levantó lentamente la mirada, la clavó en el comandante Muñoz, y dijo:

—Pues mañana, señor Comandante, irá usted con la fuerza disponible de su batallón a atacar el cantón de Vilardebó.

—Está bien, señor General, replicó el jefe de Guardias Nacionales; pero permítame V. E. indicar la conveniencia de que el ataque sea apoyado con uno o dos batallones y con artillería de calibre a fin de asegurar el éxito de la operación.

—Un batallón y una pieza de a 24 le esperarán en la avanzada de la izquierda de la línea con la suficiente reserva.

—Muy bien, señor General.

—Buena suerte, Comandante Muñoz. Puede usted retirarse.

—Gracias, señor General, — replicó el joven comandante. Se cuadró, saludó marcialmente y abandonó la sala.

El general Paz tornó a recorrer la habitación con aire abstraído; se aproximó a la ventana y nuevamente su mirada se posó en el lejano mirador de Vilardebó, que comenzaba a envolverse en la bruma del crepúsculo.



Cuando el comandante Muñoz llegó al cuartel de su batallón convocó inmediatamente a sus oficiales y les ordenó, sin revelarles el objeto, que el cuerpo estuviera pronto a la salida del sol para emprender una operación de importancia. Dispuso que las armas fuesen cuidadosamente revisadas y preparadas y que se municionase a la tropa como para entrar en batalla. En seguida planeó la operación de ataque. Era, sin duda, una acción aventurada que exponía a su batallón a tremendos riesgos. Iba a costar sangre e iba a segar muchas jóvenes vidas. Su batallón estaba formado en su mayor parte por hijos de familias de la ciudad, estudiantes que habían abandonado las aulas, empleados que habían interrumpido sus tareas, jornaleros que habían sustituido las herramientas de trabajo por el fusil, todos jóvenes entusiastas que le eran adictos y que confiaban en su comandante. Un rasgo de malhumor del general iba a comprometer la vida de aquella juventud que ya había dado su tributo de sangre a la patria en otras acciones. El mismo comandante había sentido en carne propia las terribles consecuencias de la guerra. Dos de sus hermanos habían sucumbido frente a los muros defendiendo la ciudad. Aquella aventura que le habían ordenado emprender era el camino de la muerte. Así premiaba el general el sentimiento de dignidad de uno de sus jefes más leales, que se había limitado a decirle que sus soldados tenían jefes y oficiales capaces de llevarlos al combate y que no era justo que se les pusiera a las órdenes del capitán Samuel Benstead, el temerario aventurero inglés a quien el general Paz confiaba operaciones aisladas e irregulares con contingentes tomados al azar de los cuerpos de la Defensa. Sin embargo la orden de atacar el cantón de Vilardebó había sido terminantemente dada y era necesario cumplirla.

Amanecía el 15 de enero de 1844 cuando el batallón 3.º de Guardias Nacionales de infantería abandonaba su cuartel y se dirigía a la línea exterior por el camino del Carmen. Vestía el cuerpo uniforme de brin claro con vivos azules, correaes y mochila, y llevaba las cartucheras bien provistas. Al frente marchaba el comandante Muñoz. Subía el sol sobre el horizonte cuando la fuerza expedicionaria llegó a la línea exterior de defensa de la izquierda, cerca de la batería Sosa, de la que se había desprendido una pieza de a 24 para apoyar la operación que se iba a iniciar. Un destacamento del batallón 6.º de línea esperaba las órdenes del comandante Muñoz.

El día era resplandeciente. Desde la Aguada se veían los puestos avanzados del ejército sitiador, donde tremolaba la bandera enemiga y, más allá, detrás de las fortificaciones, el cuartel general del Cerrito. Las quintas y las chacras aparecían como manchas de fronda en el paisaje, sobre el cual serpenteaban las sinuosas líneas de los caminos bordeados de pitas y de tamarices. Del lado del Reducto, en la cumbre de la vertiente norte del arroyo de Seco, se veía la capilla y, muy próximo a ella, el Cantón de Vilardebó, viejo caserón colonial de enrejadas ventanas, sobre el cual se erguía un sólido mirador que rivalizaba con el de Suárez, construído a tiro de cañón de aquél. En ambos flameaba la bandera del Cerrito y ambos eran puestos militares de importancia.

El coronel Muñoz eligió ochenta hombres de su cuerpo; se proponía lanzarse con ellos sobre el arroyo de Seco para cruzarlo por el vado del camino real. Dispuso para ello, que una guerrilla del 6.º de línea cruzara, detrás de su batallón, el arroyo, a fin de apoyar el movimiento que iba a emprender, una vez forzado el paso, y que la pieza de a 24 avanzara para abrir brecha en el momento oportuno, con sus disparos, en el recio cantón que aparecía como un castillo inexpugnable.

Las fuerzas atacantes avanzaron y vadearon el arroyo sin ser molestadas por el enemigo; una vez en la orilla opuesta, el comandante ordenó el ataque. Sonó el clarín, batió el parche, y los ochenta Guardias Nacionales, con su jefe a la cabeza, escalaron la áspera cuchilla, bajo el fuego graneado de las fuerzas del cantón que, apercebidas del ataque, se aprestaron a la defensa. Una nube de humo envolvía el puesto enemigo. De las ventanas, de la azotea y del mirador partían las balas que los defensores disparaban a mansalva contra las fuerzas atacantes; pero éstas avanzaban impasibles, a paso de carga y a bayoneta calada. Recién cuando estuvieron sobre el cantón el comandante Muñoz dió orden de que sus soldados abrieran el fuego. La muerte comenzó a penetrar por puertas y ventanas. El batallón 3.º rodeó la posición y cerró el cerco. El certero fuego logró apagar el del enemigo y las bayonetas de los Guardias Nacionales llegaron a tocar las rejas de las ventanas.

La acción estaba ganada; los defensores del cantón, dominados por los atacantes, ya no hacían fuego y se habían refugiado en las

habitaciones interiores y en los ángulos de las salas; la puerta iba a ser derribada y la posición expugnada. Arrojo y sangre había costado el ataque. Numerosos Guardias Nacionales yacían muertos sobre la cuchilla y otros, heridos, se arrastraban penosamente.

El comandante Muñoz se dirigió a derribar personalmente a culatazos la puerta del cantón. En aquel preciso momento un ayudante llegó a escape y le transmitió la orden del cuartel general de retirarse de inmediato. El comandante advirtió entonces que dos batallones enemigos bajaban a la carrera en protección de las fuerzas sitiadas en el mirador, y que la artillería del Cerrito enfilaba sus tiros para batir la cuchilla por la que debía descender su batallón. El arrojo y el coraje del comandante Muñoz lucharon en aquel momento con el sentimiento de la disciplina militar. Tentado estuvo de ocupar el cantón, hacer prisioneros a sus defensores, enarbolar en el mirador la bandera de su batallón, acantonarse en el edificio y hacer frente a los dos batallones que venían a atacarlo. Demostraría así de lo que era capaz el 3.º de Guardias Nacionales. Mas el sentido de la responsabilidad y de la obediencia debida a su general se impuso. Su deber era acatar la orden y retirarse de la posición expugnada.

El jefe del 3.º de Guardias Nacionales amenazó con el puño a la casa de Vilardebó y miró con enardecido coraje las fuerzas que bajaban del Cerrito. En seguida dió orden de que su batallón se retirara, levantando los heridos, y sosteniendo con guerrillas el contraataque que iniciaba el enemigo. Los Guardias Nacionales se replegaron lentamente hacia el vado del arroyo de Seco, protegidos por las guerrillas del 6.º de línea y la pieza de a 24, que comenzó a contestar los disparos de cañón que las baterías del Cerrito dirigían, sin resultado, contra las fuerzas que se retiraban.

El 3.º de Guardias Nacionales cruzó el vado bajo el fuego de artillería, llegó a la línea exterior de la Aguada y penetró en el recinto de acantonamiento. Allí el comandante Muñoz hizo formar su batallón en ala y lo revistó. Muchas bajas había costado la aventura. Desde la línea se veían sobre la cuchilla los claros uniformes de los Guardias Nacionales caídos en la acción.

El comandante Muñoz se puso al frente del batallón y dió orden de romper la marcha a bandera desplegada y al son de la música. Así llegó el 3.º de Guardias Nacionales al portón del centro de la línea interior y desfiló frente al cuartel general y de los cuerpos tendidos en ala que le rendían honores.

—Vaya Vd. y ordene al comandante del 3.º de Guardias Nacionales que se presente en el acto en el cuartel general.

El ayudante saludó militarmente y partió. El general Paz, que había seguido con el anteojo, desde su ventana, el desarrollo de la

operación, tornó a pasearse por la sala. Su ceño se había desarrugado y una expresión de melancolía y de ansiedad cubría su adusta faz. Se aproximó a su observatorio y nuevamente miró con el anteojo hacia el cantón de Vilardebó. El enemigo había recogido los muertos y los había colgado como trofeos en las rejas de las ventanas del edificio. Los mutilados cuerpos de los Guardias Nacionales, vestidos con sus claros uniformes, tocados por la luz solar, parecían oriflamas y banderas que empavesaban el trágico cantón. Arrojó con ira y dolor el catalejo y pronunció ininteligibles palabras que subieron en botones desde el noble corazón del hombre hasta los crispados labios del rudo soldado.

El ayudante apareció en la puerta y se cuadró.

—¿Qué quiere usted? — preguntó el general como si despertase de un sueño.

—Mi general, el comandante del 3.º de Guardias Nacionales espera órdenes de V. E.

—¡Ah! — exclamó el general —, Hágalo Vd. pasar.

El comandante Muñoz se detuvo en la puerta. Estaba todavía lleno del polvo y del humo del combate. Su uniforme se hallaba manchado de sangre. Su rostro, oscurecido por la pólvora, aparecía, sin embargo, sereno y resplandeciente, como si la batalla le hubiese transformado.

El general tuvo la sensación de que su garganta se apretaba, de que sus ojos se llenaban de agua, de que sus brazos iban a tenderse con fuerza superior a su voluntad para oprimir sobre su pecho a aquel hombre menudo y pequeño que parecía, sin embargo, haberse agigantado, que rebasaba la talla de su general, que le parecía demasiado grande para permanecer en aquella desnuda sala; pero la férrea voluntad y la dura disciplina impusieron su imperio; el soldado de Ituzaingó y de Montevideo sintió el peso de la espada que pendía del blanco cinturón, recordó el golpe de su bota sobre el suelo que tantas veces había hecho temblar el Cuartel General, le pareció oír el bronco eco de su voz tronar en el campo de batalla, y dueño ya de la indomable energía de su corazón leonino que le hizo superior a los mayores infortunios, volviéndose al comandante Muñoz, que esperaba impasible, le dijo con severo acento:

—Comandante Muñoz, usted y sus soldados han probado que son capaces de atacar y tomar el cantón de Vilardebó.